


PLIEGO



Vida Nueva
3.026. 4-10
MARZO DE 2017

La reforma de la Iglesia impulsada por Francisco

Diálogo con Carlos
María Galli,
decano de la Facultad
de Teología de la
Pontificia Universidad
Católica Argentina

LA REFORMA DE LA IGLESIA IMPULSADA POR FRANCISCO

No tengo celular ni lo voy a tener. Debo de ser uno de los pocos curas de Argentina que no lo tienen. No leo blogs ni consulto redes sociales. Muchos lo hacen por sus oficios e intereses. Me parece muy bien. Pero yo trabajo en onda media y larga, no en onda corta". Con esta "declaración de principios" se presenta **Carlos María Galli**, teólogo cercano al papa **Francisco** y amigo personal de **Jorge Mario Bergoglio** desde hace más de tres décadas. Viaja a Madrid para presentar un volumen que recoge las intervenciones del simposio *La reforma y las reformas en la Iglesia*, que organizó en septiembre de 2015 junto con **Antonio Spadaro** en Roma. El manual, editado por Sal Terrae, recopila las investigaciones y reflexiones de treinta especialistas, entre otros, **Hervé Legrand**, **Diego Javier Fares**, **Víctor Manuel Fernández**, **Severino Dianich**, **Salvador Pié-Ninot** o **Mary Melone**.

A pesar de colapsar su agenda con varias conferencias en nuestro país, Galli hace un hueco para recibir a *Vida Nueva*. Pero lo que inicialmente se plantea como una entrevista, evoluciona hacia un encuentro donde las preguntas del entrevistador devienen en epígrafes generales para que el teólogo esboce los pilares de los procesos de reforma de la Iglesia impulsados por el pontificado de Francisco.

JOSÉ BELTRÁN

FRANCISCO Y EL CONCEPTO DE REFORMA

El papa Francisco entiende su pontificado en una continuidad con el Concilio Vaticano II. El Vaticano II ha sido el gran don de Dios para la Iglesia del siglo XX y es una brújula para el siglo XXI. Se desarrolló como un concilio pastoral y ecuménico, que promovió la reforma o renovación de la Iglesia, si bien el término "reforma" se utilizó en pocas ocasiones. Eso sí, está presente en

documentos decisivos, como en el decreto *Unitatis Redintegratio* sobre la unión de los cristianos (nn. 4 y 6).

En concreto, en este último punto, recoge cómo "Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad hasta el punto de que si algunas cosas fueron menos cuidadosamente observadas, bien por circunstancias especiales, bien por costumbre, o por disciplina eclesiástica, o también por formas de exponer la doctrina –que debe cuidadosamente distinguirse del mismo depósito de la fe–, se restauren en el tiempo oportuno recta y debidamente".

El documento habla de "perenne reforma", que viene a significar lo mismo que el *Ecclesia semper reformanda*, frase que no llega a recogerse en el Concilio. ¿Por qué no utiliza esta expresión? Los documentos conciliares no usan palabras técnicas o discutidas que necesiten una explicación. Así, se evita el término "modernidad" y se prefiere hablar de "mundo de hoy". De la misma manera, huye de "colegialidad" y de otros sustantivos abstractos, para servirse de la palabra "colegio".

Dicho esto, el papa Francisco toma este punto del decreto para subrayar en *Evangelii gaudium* que la Iglesia tiene que vivir siempre en estado de reforma: "El Concilio Vaticano II presentó la conversión eclesial como la apertura a una permanente reforma de sí por fidelidad a Jesucristo" (EG 26). De este modo, Francisco entiende la reforma básicamente como una transformación, un cambio hacia una situación mejor, a través del cual la Iglesia busca configurarse mejor con Jesucristo.

El Evangelio se presenta, por tanto, como el primer polo de reforma. Por eso el Papa insiste en sus escritos y alocuciones en la urgencia de "renovarse desde la frescura original del Evangelio", de "vivir el Evangelio sin glosa, sin comentario" o de "renovarnos en la alegría del Evangelio".

El segundo polo pasa por comprender que reforma es tratar de ser más fiel a Cristo, en el "hoy" de la historia. Esta fidelidad exige una actualización, la puesta al día de la figura histórica de la Iglesia, una renovación discerniendo los signos de los tiempos, promover nuevas actitudes para cumplir mejor la misión evangelizadora.



En este sentido, pueden definir bien la reforma de Francisco las dos dinámicas que influyen en la renovación de la Iglesia y de la teología en el Vaticano II: la vuelta a las fuentes y la puesta al día, ese *aggiornamento* del que hablaba Juan XXIII.

En este contexto, el papa Francisco, como señala él mismo en la reciente entrevista al diario *El País*, no se concibe a sí mismo como un papa reformador, ni como un papa revolucionario, aunque nosotros hablemos así de él y de su obra. En cambio, sí que concibe a Pablo VI como el Papa reformador. Cuando le preguntan si se siente incomprendido, explica que el que sí fue incomprendido fue Pablo VI, por poner la reforma en el cuerpo de la Iglesia. De hecho, le presenta como “el mártir de la incompreensión”. Y agrega que “*Evangelii gaudium*, que es el marco de la pastoralidad que yo quiero dar a la Iglesia ahora, es una actualización de *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI. Fue un hombre que se adelantó a la historia”.

El papa Francisco promueve la reforma de la Iglesia desde el paradigma de la “conversión misionera”. Conversión significa vuelta o retorno a Dios, a Cristo, al Evangelio. Misión habla de Iglesia en salida para el anuncio del Evangelio a hombres y pueblos, sobre todo hacia las periferias. Así, concibe una Iglesia en estado permanente de conversión, pero también en estado permanente de misión. El movimiento de conversión conduce a la comunión con Cristo y su misión evangelizadora.

Aquí aparece la cuestión de si este movimiento que el Papa imprime con fortaleza, sobre todo desde su exhortación programática *Evangelii gaudium*, es percibida desde su naturaleza profunda o solamente en consignas inmediatas. Cuando él dice que sueña con una Iglesia misionera “capaz de transformar todas las cosas” o que “las comunidades y estructuras de la Iglesia sean más misioneras”, no está buscando la reforma como un fin en sí misma, sino la reforma para ser más fiel a Cristo y la reforma para servir mejor al ser humano, una reforma finalizada en la misión.

Jorge Mario Bergoglio se identifica a sí mismo, desde siempre, como un

jesuita, y entiende al jesuita como alguien esencialmente misionero. Pero este punto de partida no vale solo para el jesuita. Si uno escucha el Concilio Vaticano II en el decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, se subraya que “la Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza” (n. 2). Toda la Iglesia y todos en la Iglesia hemos de ser evangelizadores. El Papa nos quiere mover a eso. Para ser más explícito aún, basta con leer el inicio de *Laudato si'*. Allí explica que quiere dirigirse “a cada persona que habita este planeta” (n. 3), para que asuma su responsabilidad por el cuidado de la casa común. Un poco antes recuerda que escribió *Evangelii gaudium* a los miembros de la Iglesia “para movilizar un proceso de reforma misionera todavía pendiente”. El Papa repite siempre esta frase: “*Evangelii gaudium* marca el camino”.

ACOGIDA A UNOS CAMBIOS IRREVERSIBLES

No es fácil tener un panorama general sobre cómo está siendo la acogida de esta conversión misionera en las distintas Iglesias locales, comunidades cristianas, laicos, religiosos, consagrados, presbíteros, obispos...

Podemos afirmar que la mayoría del pueblo de Dios en el mundo sintoniza con el mensaje del papa Francisco. Él ha vuelto a poner en la escena al pueblo de Dios en su realidad concreta. Tiene una capacidad de comunicación directa con la gente a través de una cultura afectiva y gestual que es común a muchos latinoamericanos. Tiene un discurso profundo, pero, a la vez, sencillo de entender, que lleva a que la gente diga: “A este Papa lo entiendo”; o “es uno de nosotros, es uno como nosotros, es el Papa, pero está cercano”. A él le preocupa que la Iglesia sea cercana a la gente.



Al mismo tiempo que cuenta con el respaldo de la mayoría de los católicos, también concita el apoyo de personas de otras Iglesias y religiones, y muchas personas de buena voluntad tienen esta simpatía casi connatural con el Papa y reciben positivamente su testimonio, su mensaje y su ministerio.

Si ahondamos en los miembros organizados de la Iglesia, las reacciones son diversas. El Papa desea una reforma de toda la Iglesia y de todos en la Iglesia. Pero este cometido no lo realiza un papa solo. Para lograrlo, hace falta un proceso de cambios en la Iglesia. Pareciera que Francisco, como sucesor de Pedro, obispo de Roma y pastor universal, está llamado a encarnar un proceso histórico que constituya una nueva fase de recepción del Concilio y de la reforma. Desde esta perspectiva conciliar, la reforma no es nueva, no comienza ahora, pero sí entramos en una nueva etapa.

LA REFORMA DE LA IGLESIA IMPULSADA POR FRANCISCO

Francisco inicia esta fase en continuidad y con novedad respecto de lo anterior. Para ello, tiene en su mano resolver muchas paradojas y contrastes: tiene que ser un papa que gobierne y que reforme, dos tareas harto complejas. Por un lado, tiene que ser un papa que promueva la colegialidad de sus hermanos obispos en la Iglesia universal y en las Iglesias locales. Pero, al mismo tiempo, tiene que ser un papa que gobierne presidiendo en la caridad. Por si fuera poco, siente que ha de llevar a la Iglesia a descentrarse de sí misma para centrarse en Cristo y en las periferias del mundo.

Todos estos objetivos parecen mucho para un solo pontificado. Por



eso, él confía primeramente en que esta reforma es obra del Espíritu de Dios. En segundo lugar, insiste en que nos corresponde a todo el pueblo de Dios llevar a cabo estos desafíos. Y, en tercer lugar, es consciente de que es un eslabón de una cadena y que después habrá otros papas. Por eso le importa iniciar y continuar algunos procesos irreversibles de reforma.

Hay que subrayar especialmente el calificativo “irreversible”. Y es que la coherencia que muestra al soñar una Iglesia “pobre y para los pobres” cala tan profundamente con su testimonio y no solo con sus palabras, que será muy difícil volver a algunos símbolos de la forma de ejercer el pontificado al estilo de una monarquía sacral. De nuevo aquí, Francisco da continuidad a un proceso iniciado por los anteriores papas. Baste recordar cómo Pablo VI dejó atrás la tiara, que nadie más ha recuperado.

“FRANCISCANEAR” Y OTRAS RESISTENCIAS

Con todo esto, resulta complicado responder si esta propuesta está calando en todos los presbíteros. Creo que hay situaciones muy diversas en los diferentes países. Francisco ha reconocido en más de una ocasión que tiene mucho apoyo. Sin embargo, llama la atención la existencia de una resistencia u oposición. A mi modo de ver, es minoritaria, aunque hace más ruido en unos lugares que en otros. Es minoritaria, pero poderosa. Tiene fuentes de financiación y lobbies muy grandes y se hace visible en varios países, sobre todo en el norte del mundo, aunque también en algunos del sur.

Quien hace el mejor retrato de esta oposición es el mismo Papa. En su discurso a la Curia romana del pasado 22 de diciembre, habla de una oposición abierta y leal, con la que se puede dialogar. También expone la existencia de una oposición escondida u oculta, que no da a conocer lo que piensa y lo que quiere. Es la que denomina “gatopardismo espiritual”, e incluye a aquellos que están esperando a que todo esto pase porque consideran que el pontificado de Francisco es una enfermedad pasajera en la vida de la Iglesia. “Ya la Iglesia se curará”, piensan. El Papa dice sobre esta tendencia que incluye a “quien de palabra está decidido al cambio, pero desea que todo permanezca como antes”. Por último, el Papa expone las que llama “resistencias maliciosas”, aquellos con mala intención y que solo buscan destruir por destruir.

Insisto en creer que la inmensa mayoría de los miembros de la Iglesia podríamos llamarnos “franciscanos”, estamos en comunión y acompañamos al papa Francisco. Hay algunos “antifranciscanos” manifiestos u ocultos, con buena intención o malévolos. Yo diría que, además, hay algunos que “franciscanean”, es decir, que van y vienen. Algunos de estos porque, con fe, miran a Francisco como el Papa y consideran que es la actitud que han de tener en la Iglesia ante el sucesor de Pedro. No van mal encaminados, en tanto que, a lo largo de nuestra vida, todos vivimos varios pontificados y crecemos con varios papas a los que tenemos que querer y por los que debemos dejarnos conducir en un momento histórico, más allá de sintonías intelectuales o pastorales que podamos tener con cada uno. Pero otros claramente “franciscanean” por apariencia, por acomodación, por poder, para mantener su espacio o para no dar a conocer sus posturas. Creo que estos últimos no colaboran. Con este lenguaje coloquial he querido ilustrar todas esas voces que se aglutinan como resistencia pasiva o silenciosa, que no se la juegan, que no se manifiestan respaldando la reforma de la Iglesia. Algunos de estos pueden ser más peligrosos que los que tienen una clara posición contraria.

Por tanto, respaldar la reforma no significa apoyar a este Papa, porque un papa no es como un presidente de un país al que hay que apoyar en sus medidas. Con el Papa hay que estar en comunión de fe y de amor y, al mismo tiempo, saber lo que el Espíritu de Dios nos dice a través de él, como también lo hace a través del obispo y, en otro plano, a través de todo hermano en la fe. Hay que dejarse guiar por él en lo que él tenga que decir: el servicio a la comunión en la Iglesia universal y en las Iglesias locales. Francisco destacó que Juan XXIII fue “un conductor conducido” por el Espíritu.

Dicho esto, ¿llama la atención el silencio de determinados obispos y episcopados? Llama la atención, y cada uno será más sensible a lo que sucede en su país. Especialmente llama la atención que no se aproveche este *kairós* del Espíritu de Dios para la Iglesia a través del pontificado del

papa Francisco. A veces, uno quisiera que hubiese más manifestaciones, no de apoyo como señalaba antes, sino como una expresión de recepción o acogida de las grandes líneas de su magisterio y de sus orientaciones pastorales a través de sus palabras, decisiones y gestos.

Pero, más allá de apuntar a unos o a otros, hay otra fuente de oposición más profunda. A todos nos cuesta convertirnos al Evangelio. El Papa, en el fondo, es eso lo que nos está pidiendo. Creo que también cuesta dejar los espacios de poder cuando estos no se ocupan para el poder del amor, sino por el amor al poder; no encarnando el poder del servicio, como dijo el Papa en su homilía inicial, sino el poder como dominio. En este sentido, hace falta una gran renovación para superar el clericalismo por parte de todos los que somos ministros en la Iglesia, entre los que me incluyo.

Además, podríamos añadir otra fuente de silencio, de resistencia pasiva: aquellos que no hacen una suficiente conversión intelectual para entender al papa Francisco. Tal vez uno podría decir que ni lo entienden ni lo quieren entender, e incluso desprecian su enseñanza. Víctor Fernández se refiere en el libro a una *forma mentis* eclesial y eclesiástica que taponan toda apertura a una renovación, porque considera que lo existente es lo mejor e, incluso, lo único. Eso sí, en su artículo reconoce que la reforma "implica también la humildad para soportar burlas y persecuciones, porque para algunos sectores cualquier reforma es sumamente molesta e irritante".

Hay una cierta dificultad para entender la naturaleza histórica de la Iglesia. Hay quienes piensan que así como las cosas fueron durante un pontificado, así son y deben ser. Se instalan en el "non plus ultra" de un pontificado y de un pontífice, o de un obispo en una Iglesia local, y no tienen apertura para ver lo que Dios les pide más allá.

Así se forjan aquellos que convierten la adhesión a la doctrina católica y al énfasis en la ortodoxia doctrinal en la máscara para sostener su propia ideología personal, taponando cualquier apertura a lo que el Espíritu Santo diga a la Iglesia y los desafíos que nos presenten los signos de los tiempos, porque se creen dueños de la verdad, de la doctrina, del magisterio, de la liturgia, de la espiritualidad y hasta de la misma Iglesia. El Papa tiende a unir esto con el clericalismo, presentándolo como una actitud ideológica que se suele vincular a obispos y curas, pero que también está presente en religiosos y laicos. Desde esta perspectiva, la Iglesia se reduce al ministerio ordenado, y el ministerio ordenado debe ser pensado y vivido conforme a la forma histórica pensada y vivida en tal momento por un determinado obispo o papa.

Frente a esto, Francisco nos llama a desinstalarlos, a convertirnos, a sacudirnos. Considera que es más problemático alguien anestesiado que alguien dormido, porque el dormido puede ser un despistado al que hay que orientar, pero en el caso del anestesiado se ha bloqueado a sí mismo ante todo lo que suponga cambio. Ahí hay una ideología en personas de distintas Iglesias locales en algunos países, que tratan de bloquear desde esta concepción cerrada las reformas del papa Francisco.



ADIÓS AL EUROCENTRISMO ECLESIAL

Dando un paso más, la incomprensión puede tener también no ya una *forma mentis* ideológica, sino además una mentalidad eurocéntrica que hace que a algunos les cueste aceptar que el Espíritu de Dios está soplando fuerte desde la Iglesia del sur del mundo, desde las Iglesias de América Latina, África y Asia. Lo digo con todo respeto, en tanto que yo, como católico y como académico, soy contemporáneo de toda la tradición eclesial y, además, tengo nacionalidad italiana y argentina, y soy feliz por ello.

Francisco representa el primer papa que viene no solo del sur, sino del sur del sur, del punto más austral de América Latina, del fin del mundo. Esto supone una dificultad para tantos hermanos europeos a quienes los latinoamericanos debemos respeto y gratitud por habernos dado la fe. Ya no se puede pensar que Europa sigue siendo el centro.

El eurocentrismo político comenzó su declive con el fin de la gran guerra en 1945. El eurocentrismo cultural empezó a declinar con la emergencia de culturas en los años 60. Ahora, el eurocentrismo eclesial comienza su fin con la elección de Francisco como obispo de Roma. No es el único signo que vemos en este sentido. Acabamos de asistir al hecho de que, por



primera vez en la historia, se ha elegido a un superior general de los jesuitas que no es europeo: el padre **Arturo Sosa**, de origen venezolano.

Son solo signos, pero signos de que la Iglesia ha crecido y está creciendo en el sur del mundo. Baste un solo dato para ilustrarlo: en 1910, el 70% de los bautizados católicos vivían en el norte del mundo. En 2010, tanto las estadísticas pontificias como centros de investigación al estilo del Pew Research Center confirmaban que el 68% de los católicos vivimos en el sur y solo el 32% en el norte; de ellos, más de un 23% en Europa. En América Latina viven el 39% de los católicos, mientras que África supera ya el 16%, siendo el continente que más crece. En Asia, los católicos representan el 12% aproximadamente, y apenas llegan al 1% en Oceanía.

Este nuevo mapa refleja una inversión poblacional y demográfica del catolicismo. Pero indica algo más profundo: la necesidad de un cambio cultural demanda un abrir caminos eclesiales diversos. Lo queramos o no, la Iglesia del sur ha alcanzado la mayoría de edad. Hasta tal punto que, por primera vez en Roma, hay un sucesor de Pedro venido del sur. Esto hay que entenderlo, pero muchos no quieren o no son capaces de hacerlo. De ahí nacen algunas de las resistencias anteriores.

Hay que tener apertura a lo que Dios va haciendo en la historia, y eso pasa por estar atentos a la concreta composición del pueblo de Dios y, desde ahí, del colegio episcopal, del Colegio de cardenales y el sucesor de Pedro. Cabe plantearse la pregunta de cuántos, entre los próximos diez papas, serán de América, Asia o África.

El Papa no ha nombrado cardenales en sedes históricas como Venecia y Génova. Tampoco ha nombrado cardenales a todos los presidentes de consejos pontificios. Sin embargo, ha creado cardenales a obispos de sedes paupérrimas como Haití o Burkina Faso. ¿Por qué? Porque prosigue el movimiento iniciado por Juan XXIII, el primer papa que

nombró un purpurado africano. Francisco busca que el Colegio cardenalicio simbolice o represente a los católicos de todo el planeta. Por eso, de un Colegio cardenalicio con una gran mayoría europea, que es el que le eligió y recibió, estamos asistiendo al paso hacia un Colegio que refleje la catolicidad intercultural de la Iglesia. Creo que eso quiere decir cuando, en la entrevista con el diario *El País*, le preguntan por un futuro cónclave, y solo responde que espera “un cónclave católico”.



LA POBREZA EN UNA SOCIEDAD LÍQUIDA

Ciertamente vivimos en un mundo cambiante, uno de cuyos rasgos es la velocidad del tiempo y la tendencia a reducir la historia al presente, cuando ella es una trama de presente, pasado y futuro. Del presente hemos pasado al hoy, del hoy al momento y del momento al instante. Sin duda, todo esto es facilitado y configurado por la velocidad de la comunicación que el Papa también ha asumido. Pensemos que, en la reforma de la Curia, ha creado dos secretarías que se suman a la Secretaría de Estado y que, por tanto, gozan de máximo nivel. Por un lado, la Secretaría de Economía, para emprender una reforma que quizá le ha llevado más tiempo de lo que podría pensar. Por otro, la Secretaría de Comunicación, que permite

hacerse una idea de la relevancia que le ha dado a la necesidad de proporcionar una comunicación fluida y rápida del pontificado a través de profesionales de este área. Creo que el Papa entiende la dinámica de la comunicación instantánea y la necesidad de llevarla a cabo para llegar a toda la sociedad, especialmente a los jóvenes. Así se demuestra con el número de seguidores que tiene en Twitter.

Al mismo tiempo, el Papa comparte la preocupación que muchos tenemos y que expuso genialmente **Bauman** sobre la liquidez en los vínculos humanos, en las formas de comunicación, en todas las dimensiones de la vida. Esta teoría

de que todo se vuelve líquido, que el término “cambiante” ya no es complementario a “estable”, sino que sustituye a lo estable – y que “líquido” no es contrario a “duro”, sino que se vuelve contrario a “concreto” –, se torna en preocupación para el Papa. De ahí nace una insistente llamada que Francisco hace con un lenguaje tanto bíblico como filosófico. El Papa nos insta constantemente a tocar la carne de Cristo en el otro, en el prójimo, en el hermano concreto. “Tuve hambre y me disteis de comer”. “Fui forastero y me acogisteis”. Nuestro amor a Dios se realiza en el amor al prójimo, a los otros.

A Francisco le preocupan dos reducciones del Evangelio y de la vida:

- La dureza de un sistema ideológico que reemplaza al Evangelio.
 - La licuación del mensaje de Jesús.
- Desde esta mirada, nada se podría concretar y por tanto todo se evapora.

Francisco nos llama a una fe concreta a través del compromiso que nace del amor. Nos llama a recoger una verdad evangélica que está en el centro de nuestro credo: “El verbo se hizo carne”, como escribió san Juan. O como recoge san Pablo: Dios se hizo pobre, no solo hombre. Dios, siendo rico, se hizo pobre en Cristo. Al Papa le preocupa reconocer tanto que Cristo es Dios como que se reconozca que Dios se hizo hombre en Cristo. Por eso muchas veces hace referencia al gnosticismo, como una herejía que está ya presente en el

Nuevo Testamento, por ejemplo, en la problemática que refleja la Primera Carta de San Juan: aquellos que desprecian la humanidad de Dios en Cristo. Él insiste en subrayar al Dios que se hizo carne y se hizo pobre.

Esta pobreza de Dios está en el centro de la fe y, en este punto, hay que enmarcar el compromiso del Papa en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida en 2007, de la que se van a cumplir diez años. No hay que olvidar que, además de participar como presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, Jorge Mario Bergoglio fue elegido para presidir la Comisión de redacción. En el capítulo VIII del documento conclusivo, bajo el epígrafe “Reino de Dios y promoción de la dignidad humana”, la Iglesia latinoamericana y caribeña renueva la opción por los pobres hecha en Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), pero insiste sobre el origen y contenido cristocéntrico de esta opción: “Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (cf. Hb 2, 11-12)” (*Documento Conclusivo de Aparecida*, n. 392).

El Papa desarrolla esta idea en el capítulo IV de *Evangelii gaudium*, donde sale al paso del desafío contemporáneo de la inclusión de los pobres, y habla de los pobres en el corazón de Dios y de la Iglesia. Esta sección (nn. 186 a 216), a mi modo de ver, es el texto más significativo que ha escrito un papa en veinte siglos sobre Cristo, la Iglesia y los pobres. No vamos a encontrar en el magisterio un texto de esta envergadura. Francisco toma una frase de **Juan Pablo II**, cuando el Papa polaco fue a Puebla en 1979. Entonces dijo: “Dios ejerce su primera misericordia hacia los pobres”.

El Evangelio de San Mateo recuerda en el capítulo 25 que será el protocolo por el cual seremos juzgados.

Aquí hay otra fuente de resistencia al mensaje de conversión de Francisco, al Evangelio de la pobreza y del amor a los pobres, en línea con **san Francisco de Asís**.

¿Cómo llevar adelante ese cambio de perspectiva, de mirada y de actitud si se está muy instalado en el estilo de vida y confort de grupos sociales pudientes?



LA PRIORIDAD DE LOS MIGRANTES

Aquellos versículos resultan fundamentales para asimilar por qué el Papa insiste tanto en los migrantes y los refugiados. En el capítulo VIII del *Documento de Aparecida*, cuando hablamos de los nuevos rostros de los pobres, se nombra a los migrantes: “Entre las tareas de la Iglesia a favor de los migrantes están indudablemente la denuncia profética de los atropellos que sufren frecuentemente, como también el esfuerzo por incidir, junto a los organismos de la sociedad civil,

en los gobiernos de los países, para lograr una política migratoria que tenga en cuenta los derechos de las personas en movilidad” (n. 414).

Ciertamente, el problema migratorio no se circunscribe solo a una región del mundo, concierne a todo el planeta. En 2012, una estadística de la Santa Sede recordaba que una de cada siete personas en el mundo no vive donde nació por distintas razones. En los últimos años se ha hecho más visible y vemos el drama de los migrantes, refugiados y desplazados básicamente por dos causas: el hambre y la guerra.



LA REFORMA DE LA IGLESIA IMPULSADA POR FRANCISCO

El Papa es particularmente sensible a este hecho. Pensemos que el primer viaje de su pontificado tiene como destino Lampedusa. No olvidemos tampoco que organizó su viaje pastoral a México para iniciarlo en el estado de Chiapas, donde nace el tren de la muerte que va hacia el norte para entrar en Estados Unidos, y lo culminó en la no menos significativa Ciudad Juárez, uno de los pasos de frontera. Allí insistió en la solicitud de la Iglesia para salir al rescate de los migrantes y refugiados: “Esta crisis, que se puede medir en cifras, nosotros queremos medirla por nombres, por historias, por familias. Son hermanos y hermanas que salen expulsados por la pobreza y la violencia, por el narcotráfico y el crimen organizado”.

Pero, junto a las palabras y los gestos, hay un claro hecho de gobierno pastoral sobre este drama. Francisco, junto con el grupo de cardenales que integran el C-9, ha unido todos los organismos sociales en un dicasterio dedicado al desarrollo humano e integral, que atiende todas las cuestiones relativas

a la justicia, la caridad y la paz. Dentro de esta reforma, ha creado una secretaría para los migrantes y refugiados cuya dirección la ha asumido directamente, poniendo como logotipo un salvavidas naranja, símbolo de aquellos que buscan rescatar a quienes llegan por el mar. Aquí está indicando esa prioridad de poner en primer plano la atención a los pobres entre los pobres, a tantas personas que tienen que salir de su tierra por un trabajo o una vida mejor, con todos los desgarramientos que esto genera y que están a la orden del día en estas últimas semanas por la política migratoria del actual presidente de Estados Unidos.

El Papa abordó la crisis humanitaria de los migrantes en México, aun sabiendo que, al llamar la atención sobre este asunto, el entonces candidato **Donald Trump** lo utilizaría como arma electoral para ganar adeptos. Efectivamente así sucedió, y Trump acusó a Francisco de ser un papa político. La respuesta de Francisco la escuchamos en el vuelo de regreso a Roma: “Gracias a Dios que dijo que yo soy político, porque **Aristóteles** define a la persona como un *animal politicus*. Al menos soy una persona humana. Y que soy un instrumento, quizás, no sé. Lo dejo al juicio de ustedes, de la gente. Y después, una persona que piensa solo en hacer muros, sea donde sea, y no hace puentes, no es cristiano. Esto no está en el Evangelio”.

Este compromiso con los vulnerables expresa, a mi modo de ver, lo que él llama la cultura del encuentro, o lo que es lo mismo,

el cultivo de la integración. Lo dice en una frase símbolo: “Construir puentes y derribar muros”. Y desde ahí subraya que esta es la vocación de todo cristiano: ser pontífices, constructores de puentes. El discurso del Papa a los participantes en el III Encuentro Mundial de Movimientos Populares, que acogió Roma el pasado mes de noviembre, desarrolla este postulado: “Todos los muros caen. Todos. No nos dejemos engañar. Sigamos trabajando para construir puentes entre los pueblos, puentes que nos permitan derribar los muros de la exclusión y la explotación. Enfrentemos el Terror con Amor... Las ‘3-T’ [Tierra, Techo y Trabajo], ese grito de ustedes que hago mío, tiene algo de esa inteligencia humilde, pero a la vez fuerte y sanadora. Un proyecto-puente de los pueblos frente al proyecto-muro del dinero. Un proyecto que apunta al desarrollo humano integral”.

Este texto me parece una buena síntesis de la dimensión social del Evangelio y también del pontificado del papa Francisco. ●



BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 114,50 € / UE: 171,60 € / OTROS PAÍSES: 165 € / 47 NÚMEROS AL AÑO
Tel: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanueva.es

Nombre y Apellidos:
 Dirección: C.P.:
 Población: Provincia: País:
 CIF/NIF (DNI): E-mail: Tel:

FORMA DE PAGO

Adjunto cheque bancario a nombre de PPC, S.A.



C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino, 28560 Boadilla del Monte (Madrid)
 Tel.: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / Correo electrónico: ppcedit@ppc-editorial.com

Le informamos que sus datos serán incorporados con fines mercantiles al fichero de Clientes del que es responsable PPC, Editorial y Distribuidora, S. A., C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino 28560 Boadilla del Monte, Madrid. Los datos que nos facilite podrán ser cedidos con fines comerciales incluida publicidad por medios electrónicos, a las empresas de nuestro grupo que constan en la siguiente URL: <http://www.grupoppc.com>, si usted no desea, por favor, comuníquenoslo.

Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE OFICINA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:

Banco o Caja:

Fecha: Firma: